

COMENTARIOS

LA MINORÍA SELECTA



¿Qué nuevo camelo es ese de las minorías selectas o seleccionadas? Aunque nuevo no, sino viejo, muy viejo. Es la cantinela de los que fracasan sin haber luchado, de los ex futuros fracasados; ¡la minoría selecta!

Y, ante todo, ¿quién la "selige" o selecciona? ¿El pueblo? El pueblo, no, ¡horror!; el pueblo no comprende a los "selegidos". El pueblo hace a sus directores a su imagen y semejanza, y los de la minoría selecta no están a imagen y semejanza del pueblo. El pueblo no les comprende, y encima dice que son ellos, los de la minoría selecta, los que no le comprenden a él, al pueblo.

Convendría saber qué lazo de unión, o mejor, qué cemento une entre sí a los miembros consagrados de la minoría selecta; cómo forman minoría y no un montón suelto de individualidades aisladas; en virtud de qué y por qué y aun para qué dicen, dándose las manos: "Nosotros formamos la minoría selecta; nosotros somos nosotros; es a nosotros, como colectividad, a quien hay que oír."

¿Quién los selecciona? —repetimos—. ¿Qué poder? ¿Cuál es el poder o el órgano seleccionador? Esto es lo que hay que saber. Y ver luego en qué supere ese poder al pueblo, si es que le supera en algo, y cuál es su poder discriminativo.

Una vez hubo en España un puñado de hombres escogidos, liberales de verdad, que trataron de incorporar a su patria a la marcha de los pueblos europeos. Fué en la segunda mitad del siglo XVIII. Aquellos hombres fueron el conde de Aranda, el de Floridablanca, Campomanes, D. Manuel de Roda y otros que sirvieron leal y honradamente a su patria bajo el reinado glorioso de Carlos III. ¿Los escogió éste? ¡En rigor, no! Se los dió a España el espíritu de Europa, que estaba gestando la gran revolución francesa.

¿Quién seleccionó a aquel sagaz y tozudo D. José Moñino, luego conde de Floridablanca, el que trabajó al

Sumo Pontífice para que suprimiera la Compañía de los jesuitas, que ya Carlos III proscribió de sus dominios? ¿Quién seleccionó a aquellos hombres, que hicieron cuanto supieron y pudieron porque su patria saliese del ramplón empantanamiento en que la tenía sumrido el principio de "eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante?" Entonces se empezó a ver algo de luz en España. Si no hubiera sido por aquellos hombres, los de la Compañía y acólitos habrían tratado de hacer de nuestro pueblo una Reducción guazaní, de donde habría estado proscrito el culto al Sagrado Seso, a Santa Sofía.

Y aquellos hombres hablaban en español, y en español muy puro, muy neto y muy de la tierra, no en español de traducción. Y aquellos hombres no desconfiaron del pueblo.

¿Qué parte tuvo en la selección de aquel puñado de hombres el pobre Carlos III, criado en Nápoles? A Carlos III, más que a otro cualquiera, se le puede aplicar la frase del gran his-

torizador Michelet al final de su "Historia de Francia", cuando, refiriéndose a Luis XVI, el hijo de María Josefa de Sajonia decía: "El rey es el extranjero". (Le roi c'est l'étranger.) Carlos III, el hijo de Felipe V, era el extranjero, como lo fué su padre. Porque la extranjería se hereda. Pero en el caso de nuestro Carlos III su extranjería nos fué un beneficio. Peor, mucho peor que hubiese sido un castizo, como su nieto. Sin que esto quiera decir que la casticidad quite la extranjería, pues en más de un respecto Fernando VII, el que se postuló a los pies de Napoleón y se arrojó ante ellos, fué más extranjero que su abuelo. Lo que no quitaba que dijese que amaba a España. Sí; pero como a una propiedad. También Otello amaba a Desdémona, y por eso la quería para él sólo. Amores que matan.

Y ahora bien; esa sedicente y supuesta minoría selecta, ¿sabe Historia? Historia, ¿eh?, historia y no sociología u otro camelo por el estilo; historia e historia de nuestra España, de la nuestra, no de Numancia, ni de Tartego, ni de la Cueva de Altamira. Porque aquí lo que necesitamos no es un Platón, sino un Tucídides. Y en otro respecto, acaso más un Cleón que un Sócrates. Ambos calumniados, ambos ridiculizados por Aristóteles.

Y en esa sagrada cofradía de los veinticuatro—o el número que sean—, ¿cómo se entra? ¿Cuál es la contraseña? ¿Cuál la consigna? Y sobre todo, ¿quién los selecciona? ¿Quién los reúne? ¿Quién los llama? ¿Quién los consagra? Sepámoslo, porque todo lo demás es andarse por las nubes platónicas. El tiempo que estamos viviendo pide concreción, pide personalización. Lo demás es obstinarse en no ver claro para que no se le vea a uno.

MIGUEL DE UNAMUNO

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES